

¿cómo contarlo?

“Una historia fantástica, tal como me la contaron”.

L. E. Vives

Durante todo el camino la conversación con Manuel fue sobre su proyecto; a medida que el transitorio paisaje de Sur a Norte se iba tornando más y más pálido, el énfasis que Manuel le ponía era mayor, más entregado, más apasionado, colorido y fascinante.

Con Manuel nos conocíamos desde hacía bastante, siempre había sido el mismo, sus planes, sus cuentos maravillosos, sus viajes, sus penas, sus proyectos (para muchos irrealizables) sus amores atormentados y felices, sus finales “de película”... Me decía siempre: La vida es algo así como leer el diario, debes tener una tijera en la mano, recortar lo que te parezca interesante; lo demás, dejarlo para que lo meen los perros (en los departamentos para que los perros no se orinen en los saloncitos, decía Manuel, se ponen diarios en los baños). Vivir para Manuel era algo tan lógico, tan justo, es algo que le cabe justo a uno entre las manos, vivir para Manuel era algo tan puro, tan desafiante y fácil, como lo era para mí ir de un lado a otro con “Gitano”; el hijo de “Apanoi” y “Lavaverde”, un pura sangre, un caballo perdedor como pocos, pero pura-sangre, me interesaba solamente que compitiera cuanto pudiera competir en este mundo... vivir para Manuel era tan lógico, lo comparaba con una posta que uno se corre a sí mismo, pasándose el objeto y partiendo constantemente. Un proyecto; vivir, para Manuel, era un proyecto.

Capítulo I

Es esbelto y rubio como un día de Sol, tiene un año y medio de experiencia, corre como si fuese a desaparecer, al menos así lo veo Yo. He recorrido el Mundo de hipódromo en hipódromo, he estado en ellos, en sus boleterías, en medio de sus archivos, estudiándolo todo; en sus comedores, escuchándolo todo; en sus bares, viéndolo todo; sin excepción de domingo en domingo, de lunes en lunes, de viernes en viernes, de día en día he estado en ellos, con Gitano, para verlo, acariciarlo, darle grano, amarlo y sentirlo correr como un trueno perdiéndose en la niebla de la mañana . . . he estado tanto ahí para verlo llegar como muriendo, como persiguiéndose y echando humo por las narices como si fuese un dragón.

—Los hipódromos me los sé, le decía a Manuel, me los sé. Manuel es un hombre bueno, alto, de pelo liso y se peina para el lado; tiene una amiga que transmite por la radio y dice réclames y reclamos, él la quiere mucho, a veces, me ha confesado que le gustaría casarse con ella. Yo creo que serían felices, ella dejaría de hablar por la radio, o quizás no, no lo sé, Manuel lo sabe mejor que Yo. Manuel tiene un extraño concepto de las mujeres, en general de las cosas, de las mujeres piensa absolutamente diferente a mí, pero me gusta su modo de hacerlo, dice que la cualidad mayor de su amiga es que a pesar de ser inteligente, nunca deja de aparecer como una tonta . . . dice que los juicios míos son triviales y que a veces, le da vergüenza ser amigo mío, tiene razón en eso, él es más, más universal para pensar. Había preparado mi segundo viaje alrededor del mundo con mucho cuidado, pensando en todos los detalles, lo haríamos en auto y con un carrito para llevar a "Gitano". Tenía suficiente dinero para vivir el resto de mis días viajando, Manuel iría conmigo, yo correría con todos los gastos, Manuel daría conferencias auspiciado por una Universidad, no le pagarían, pero le darían unas llamadas cartas de referencia que le permitirían ir de país en país y de ciudad en ciudad contactándose con todas las Universidades y entidades interesadas en conocer la realidad de nuestra patria. La invitación mía lo había puesto eufórico y delirante, no sabía cómo agradecerme, cómo demostrarme su alegría . . . lo veía saltar como un mono, dándose vueltas hacia atrás y hacia adelante y sonriendo y chillando de alegría . . . ¡estoy tan feliz, tan feliz! me decía.

Eres pobre y mentiroso Manuel le dije, tienes todas las cualidades de un excelente amigo, pobre y mentiroso, cualidades envidiables y si a eso le agregamos que eres alto, que te peinas para el lado y tienes una amiga que habla por la radio; Manuel, eres un orgullo. Me sentí muy orgulloso una vez que me dijo, que a lo mejor, un día sería un criador de caballos, como Yo.

El viaje me parecía largo y lateado, me había bajado del auto unas veinte veces para mirar a "Gitano"; venía bien, dormía perfectamente parado en sus cuatro patas de viento, su carrito blanco, parecía perseguirme como una sombra-gaviota por la cinta de cemento, larga y solitaria. Saber que venía atrás me hacía sentir acompañado; en la radio una mujer hablaba, decía cosas y nombres, tenía hermosa voz, el programa se llamaba: "VOCES EN LA RUTA, PARA UD.". Un programa de canciones y voces famosas; se escuchaban melodías de moda, importantes frases dichas por grandes hombres en sus voces originales... Hitler, Chaplin, Gardel, Churchill, Roy Rogers, Marciano, Al Capone, Sartre, Marx, y, después, una canción de moda, de moda en la época de la frase; era tan entretenido, parecía dibujar un puzzle en el camino, completando el panorama, buscando la relación de la letra de la canción, con las frases de moda de cada uno, era curioso lo que resultaba... la voz de la mujer tan hermosa, tan suave... todas esas frases, esas melodías, esa voz de mujer, me habían hecho imaginar todas esas cosas, el conferencista pobre, llamado Manuel enamorado de una locutora, que contaba historias maravillosas, que era amigo mío y que iba viajando por el mundo a mis expensas, sin causarme más que placer. Por Dios, si existiera un hombre como Manuel, un hombre enamorado de esa locutora inteligente pero atontada, que viajara conmigo por el mundo, que diera conferencias sobre algún país, palabra, sería mi mejor amigo.

Me desperté sobresaltado, Gitano había dado unas patadas en el carrito blanco y había movido el auto, la radio estaba encendida y una voz melodiosa de mujer anunciaba el término de un programa... "hemos presentado así... etc., etc., etc..." Pobre Gitano, debe querer mear, pobre Gitano, lo haré retroceder para salir del carrito blanco, como si fuese un gusano de seda envuelto en su trabajo y no conocerá el paisaje que lo rodea, nunca conoce el paisaje que lo rodea, siempre anda corriendo de hipódromo en hipódromo.

Continúa el Capítulo I

Los aplausos ensordecidos demostraban que Manuel era realmente un excelente conferencista, le gritaban, lo aplaudían de pie, las mujeres querían cogerlo, tocarlo, los hombres le pedían autógrafos y los periodistas se peleaban por conseguir entrevistarlo en privado; después; de mucho luchar, conseguí llegar hasta su "camarino" para abrazarlo y felicitarlo: —"Gitano" correrá en la sexta Manuel, le dije, aún estamos en la hora para llegar al hipódromo, saldremos por la puerta de atrás y luego arreglaré una conferencia de prensa en el hotel ¿Te parece? No dijo nada, guardando una inmensidad de papeles y recortes de diario en su

maletín salió corriendo conmigo. Exactamente quince minutos después estábamos sumergidos en una gritería de esperanza, en un alarido colectivo entremezclado de nombres que parecía, demostrar la desesperación del hombre.

—En la próxima corre nuestro “Gitano”, le dije; tenía el rostro lleno de alegría y me miraba con unos ojos llenos de paz; cuando largaron la carrera, mi corazón parecía estallar de esperanzas, tenía solamente ojos para ver a “Gitano” que como un rayo iba tratando de alcanzar la meta entre la polvareda que como la niebla de la mañana me hacía verlo flotar como si fuese el portador de toda la esperanza que existe en el mundo. Manuel también gritaba su nombre: “Gitano”, “Gitano”, “Gitano”, de pronto todo el ruido del hipódromo se concentró en las mil patas que cruzaban veloces frente a nosotros y Gitano entre ellos, parecía pedir auxilio con su cuello estirado más allá del horizonte... un suspiro de desaliento, mezclado con saltos de alegría terminó con todo, Manuel no estaba a mi lado y me encontré abrazando a un viejo hombre que interrogativamente me miraba diciéndome: “Ya pasó, ya pasó, ¿es mucho lo que ha perdido?”

Encendía la radio con esa fuerza Universal que me daba imágenes de colorido infernal,, que me hacía escuchar la voz maravillosa de esa mujer-réclame, que me atontaba como una larga ruta; aún escuchaba los aplausos de la conferencia entremezclada con el rostro del viejo del hipódromo. Una trompeta muy rítmica lanzó mi auto seguido del carrito blanco por la larga carretera hasta dejarlo perderse en el horizonte.